

Crítica de libros

VÁZQUEZ ABELEDO, Manuel y MARTÍN GUERRERO DE ESCALANTE, Eduardo:
La búsqueda de vida extraterrestre. McGraw-Hill/Interamericana,
Madrid, 1999. 405 pp.

La búsqueda de vida extraterrestre constituye una excelente panorámica, completa, rigurosa, bien estructurada y magistralmente expuesta de los fundamentos, logros y expectativas de la Exobiología junto con algunas de sus implicaciones filosóficas: "El estudio del origen y evolución de la vida es claramente multidisciplinar, implicando a todas las Ciencias de la Naturaleza y la Filosofía, (...). A lo largo de esta obra esperamos acercar al lector las diferentes propuestas sobre la conexión entre estas disciplinas" (p. 1).

Los autores, Manuel Vázquez Abeledo y Eduardo Martín Guerrero de Escalante, son doctores en Ciencias Físicas por la Universidad de La Laguna (Tenerife) e investigadores del Instituto Astrofísico de Canarias. Eduardo Martín es, también, investigador del Instituto Tecnológico de California.

El interés filosófico de *La búsqueda de vida extraterrestre* radica, en parte, en razones de tipo histórico ya que el debate sobre la existencia de vida en otros planetas se remonta a los orígenes de la Filosofía misma. Modernamente, la consolidación del método científico relegó el tema de la vida extraterrestre a un asunto especulativo sobre el que nada serio podía decirse dada su refractariedad a la observación empírica y a la contrastación experimental.

Sin embargo, desde hace una década aproximadamente, el estado de la cuestión ha experimentado un giro radical como consecuencia de los desarrollos y éxitos de la tecnociencia en el estudio de la vida y la exploración planetaria. A este cambio han contribuido, por un lado, el programa de radiodetección SETI (*Search for Extraterrestrial Intelligence*) impulsado, entre otros, por el célebre astrónomo Carl Sagan y en funcionamiento desde su primera escucha el 8 de abril de 1960 (proyecto Ozma). Por otro, el surgimiento de la Astrobiología como ciencia multidisciplinar resultante de la estrecha colaboración entre diversas ciencias naturales y los desarrollos tecnológicos de la exploración espacial y planetaria.

Esta ciencia, a pesar de su carácter emergente, ha posibilitado ya toda una gama de descubrimientos que están obligando a revisar nuestros conocimientos sobre el origen y evolución de la vida y, en consecuencia, a replantear el problema científico y filosófico de la excepcionalidad (azar) de la vida y a considerar la posibilidad de que ésta constituya un imperativo cósmico bajo determinadas circunstancias (necesidad). De todo ello da cumplida cuenta este libro de Manuel Vázquez y Eduardo Martín, quienes no dudan en afirmar que: “**SI** realmente estamos solos en el Universo, nuestra gran tarea será el asegurar la supervivencia de la Inteligencia del Universo, resaltando la importancia del milagro cósmico de la vida humana. **SI** nos encontramos otra forma de vida, y todavía más si ésta es inteligente, ese sería el momento más importante en la historia de la Humanidad, quizá el Final de la Infancia, rememorando la novela de A. Clarke. Entre otras consecuencias quizás nos pueda conducir a la creación de una auténtica conciencia planetaria para los Homo Sapiens, olvidando todos los localismos, nacionalismos y racismos que han ensombrecido el paso de la especie humana sobre nuestro hermoso planeta azul” (p. 349).

Por otra parte, ni el hecho de que los autores de *La búsqueda de vida extraterrestre* sean españoles ni el momento de su aparición nos parecen enteramente casuales. El mismo año de la publicación de la obra se creó en España, no sin críticas, el Centro de Astrobiología (CAB). El CAB, un Organismo Público de Investigación (OPI) asociado al *NASA Astrobiology Institute*, es el único del mundo en su género fuera de EE.UU. Este hecho convierte a España en pionera de la Exobiología, lo que debería redundar en el atractivo del tema para la Filosofía en nuestro país.

En efecto, los distintos niveles implicativos de la Exobiología, junto con la capacidad de esta ciencia para movilizar importantes recursos tecnológicos, económicos y humanos debería ser suficiente motivo para convertirla en objeto de la mirada filosófica académica. En este sentido, convendría distinguir la Exobiología como actividad científica de sus resultados, lo que permitiría a la Filosofía, por una parte, analizar sus fundamentos epistemológicos y presupuestos ideológicos y, por otra, reflexionar sobre sus objetivos, expectativas y logros desde una perspectiva propia, a la vez que evaluar y prever sus posibles impactos socio-culturales y éticos actuales o futuros, entre otros.

La preocupación por dichos impactos quedó ya patente en la primera Conferencia Internacional CETI (*Communication with Extraterrestrial Intelligence*) sobre la existencia de civilizaciones extraterrestres y la posibilidad de contacto con ellas, celebrada en setiembre de 1971 en el Observatorio Astrofísico de Byurakan, de la Academia de Ciencias de Armenia (antigua URSS), bajo el patrocinio de la Academia Nacional de

Ciencias de EE.UU. y la Academia de Ciencias de la URSS, con la colaboración de la Fundación Nacional de Ciencias de EE.UU. En ella tomaron parte cincuenta y tres cualificados científicos pertenecientes a múltiples disciplinas, entre ellos dos premios Nobel. En este mismo sentido deben ser mencionados los congresos SETI, organizados por la Academia Internacional de Astronáutica, que en la década de los ochenta elaboró el primer protocolo de actuación ante un posible contacto con inteligencias extraterrestres.

En definitiva, la Filosofía, por su historia y naturaleza, parece irremediablemente llamada a ejercitar su actividad crítica en este tema y en ello radica, justamente, el interés que para nosotros posee la obra *La búsqueda de vida extraterrestre*: sus siete capítulos deberían ser un aviso y un reclamo para la Filosofía de nuestro país al presentarle de forma rigurosa y accesible los esfuerzos de la comunidad científica para embriagar mediante hipótesis susceptibles de contrastación experimental las especulaciones sobre el tema y, en consecuencia, mostrarle que reflexionar filosóficamente sobre la existencia de vida extraterrestre, su búsqueda, implicaciones y consecuencias, no es ya un quehacer sin sentido ni supone distraer la atención de la Filosofía de otras dimensiones y problemas más inmediatos o urgentes, sino un ejercicio de responsabilidad ante las expectativas y riesgos suscitados ya irreversiblemente en diversos frentes por la exploración de esta nueva frontera tecno-científica y humana del nuevo milenio.

En *La búsqueda de vida extraterrestre*, se evita explícitamente formular conclusiones, se sugieren posibilidades desde el rigor científico más absoluto y se reclama la presencia de la Filosofía en una cuestión de la que únicamente ha comenzado a arañarse la superficie y que, con independencia de su resultado, se ha convertido ya en una de las aventuras más apasionantes de la historia humana, además de fuente esencial de conocimientos sobre la vida y su origen.

Los contenidos de la obra se distribuyen en siete capítulos que abordan el tema desde varias perspectivas y en desarrollos sucesivos. Ya en el mismo prólogo los autores se ven obligados a plantearse el trasfondo filosófico de su actividad científica. En el primer capítulo recorren la historia de las ideas sobre la vida y la pluralidad de mundos, desde el pensamiento mítico a la actualidad, y abordan el problema filosófico implicado en la cuestión del azar o necesidad del fenómeno vida. El capítulo 2 profundiza en la exposición de los conocimientos actuales sobre el origen y evolución de las estructuras cósmicas necesarias para la existencia de vida sobre la Tierra, la fabricación de los elementos químicos, el origen y evolución de la Vía Láctea, las estrellas, el sistema solar, y la formación de moléculas. Expone también el proceso de terraformación y analiza la importancia de los cometas en cuanto conservadores de la

huellas de los orígenes, lo que justificaría los esfuerzos para su exploración. En el capítulo 3, los autores vuelven sobre la cuestión del azar o la necesidad de la vida. Comienzan exponiendo la universalidad de las condiciones básicas necesarias para el surgimiento de la vida e inician luego un recorrido descendente hacia las particularidades que presenta nuestro universo llegando hasta el caso de la Tierra. Destacan, además, la influencia de los impactos de objetos celestes en la explosión y evolución de la vida.

Sentadas las condiciones anteriores, en el capítulo 4 exponen el atractivo de Marte para la Astrobiología de cara a la posibilidad de albergar vida, actualmente o en el pasado, dada su proximidad y semejanza con nuestro planeta. Todos los aspectos y descubrimientos científicos involucrados en esta polémica desfilan por las páginas del capítulo. Se hace inventario, igualmente, de los proyectos de exploración marciana, tanto actuales como futuros, así como de las técnicas de búsqueda de vida extinguida y adormecida. El capítulo 5 constituye un completo repaso a los planetas y satélites de nuestro sistema solar a fin de evaluar su potencialidad para albergar vida en función de sus condiciones físico-químicas. El capítulo 6 se dedica al tema de la búsqueda de otros mundos, cuerpos y sistemas planetarios extra solares susceptibles de albergar vida. Contiene una completa exposición de los métodos y técnicas de búsqueda así como un rastreo histórico del tema y los éxitos obtenidos. En el capítulo 7 se exponen los diferentes tipos de vida que cabe esperar encontrar en función de los conocimientos actuales al respecto, así como las distintas técnicas empleadas para la detección de vida a distancia. El capítulo incluye también una excelente información sobre los diversos esfuerzos y proyectos que desde el comienzo viene realizando SETI para la búsqueda y contacto con vida inteligente extraterrestre en fase de civilización tecnológicamente avanzada, a la vez que incide en el debate sobre sus fundamentos teóricos y posibilidades de éxito. Concluye este capítulo con un apartado dedicado a las diferentes teorías sobre formas de navegación interestelar y otro referido al controvertido fenómeno OVNI.

El volumen contiene un conjunto de apéndices sumamente útiles que tratan con mayor rigor técnico algunos aspectos de los capítulos precedentes evitando así recargarlos en exceso y posibilitando de este modo dos niveles de lectura en función de la exigencia del lector. Le siguen un glosario y una excelente bibliografía dividida en dos bloques: uno, conteniendo referencias generales que incluye un impresionante y práctico listado de direcciones en Internet (*World Wide Web*), organizadas por temas; otro, destinado a referencias específicas en función de los capítulos de la obra. Cierra el volumen un siempre útil índice analítico.

Respecto a la materialidad de la obra, conviene mencionar su cómodo formato, lo que facilita su lectura y manejo. Este detalle, unido a la compleción, actualidad y rigor de su contenido así como a la lograda y accesible exposición la convierten en un excelente manual de consulta sobre el tema. Hay que mencionar también la cuidada edición de gráficos y fotografías, algunas de ellas en color.

La búsqueda de vida extraterrestre, por su planteamiento, compleción y oportunidad, constituye una de las mejores y más actuales obras en su género y hay que situarla entre las más adecuadas para informar e interesar definitivamente a la Filosofía de nuestro país en el tema. Además, la preocupación de sus autores por la dimensión filosófica de muchas de las implicaciones y consecuencias de su peculiar actividad científica pone de manifiesto el valor de la Filosofía como disciplina imprescindible e ineludible a la hora de afrontar éste y otros retos tecno-científicos y humanos del siglo XXI.

Roberto Aretxaga Burgos
roarebur@hotmail.com

ALBARES ALBARES, Roberto, HEREDIA SORIANO, ANTONIO, PIÑERO MORAL, Ricardo (Eds.): *Filosofía Hispánica Contemporánea: el 98*. Actas del XI Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana (21-25 de septiembre de 1998). Universidad de Salamanca y Fundación Gustavo Bueno, Salamanca, 2001. 632 pp. ISBN 84-930696-6-0.

Los estudiosos del pensamiento hispánico conocen de sobra el origen de estos Seminarios salmanticenses que se vienen celebrando en dicha Universidad desde hace veinte años ininterrumpidamente (1978). Por suerte para todos se ha pasado de la extrañeza que en los primeros años causaba a muchos "atreverse" a disertar sobre Filosofía española, a la admiración con que ahora son vistos estos Encuentros Internacionales. Además, estos Seminarios están siendo la matriz de donde arrancan iniciativas encaminadas al mismo fin, como son la Asociación de Hispanismo Filosófica, la revista *Hispanismo Filosófico* y los Congresos sobre pensamiento español que se celebran en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Hasta el día de hoy, centenares de filósofos españoles, portugueses, europeos, norteamericanos e iberoamericanos han participado en estos Seminarios. Dada la estructura interna de los mismos, en cada uno de ellos pueden participar unos cincuenta conferenciantes. En el Seminario de 1998 participaron 43 conferenciantes y asistieron un centenar de alumnos, procedentes de 14 países, matriculados en 29 universidades: 12 españolas y 17 extranjeras.

La elección del tema respondió a la conveniencia de no dejar pasar una fecha de tanto peso en la historia reciente de España. Según palabras de Roberto Albares, “podíamos haber elegido como título ‘La filosofía hispánica del 98’ o ‘La filosofía hispánica en el 98’, sin embargo pensamos que el tema elegido, ‘La filosofía hispánica ante el 98’, aparte de incluir de alguna manera a los anteriores, indica el compromiso del Seminario de abordar el tema no como recuperación, sino como reflexión rigurosa, y a la vez pone de manifiesto la toma de conciencia de hacerlo desde otro 98, el de hoy”.

Los temas desarrollados están estructurados en una Presentación y cuatro bloques. Jorge Gracia y José Luis Mora abordan las cuestiones generales: el primero aborda el 98 desde la metodología historiográfica sociocultural, y el segundo trata sobre el valor filosófico de la literatura del 98. A continuación vienen los cuatro bloques: I. “Pensando el 98 desde España”: comprende once trabajos sobre aspectos concretos del 98, contextuales o de influencias (Joaquín Abellán, L. Jiménez Moreno, Francisco José Martín), temáticos: España (J. L. Abellán), Dios, Nihilismo (J. De Sahagún Lucas) o centrados en aportaciones concretas de los pensadores del 98 como Ganivet (J. F. García Casanova, M. Cruz Hernández) Unamuno (C. Flórez, P. Tanganelli, J. Conill), Azorín (P. Tanganelli), Antonio Machado (J. Conill, S. Pérez Gago), Baroja o Maeztu (J. Sahagún Lucas) a la luz tanto del contexto hispánico como europeo. II. “Pensando el 98 desde Europa”: incluye cinco trabajos que presentan la recepción de autores, textos o de la Generación del 98 en general, en países como Alemania (P. Ribas), Francia (A. Guy), Italia (A. Savignano), Eslovaquia, Chequia (P. Sismisova) y Polonia (J. Wojcieszack). III. “Pensando el 98 desde América”: incluye ocho trabajos que abordan temas como las concepciones y visiones del 98 en EE.UU. (N. Orringer) o Cuba (P. Guadarrama), el análisis de los retos que el 98 de ayer lanza a nuestro 98 de hoy en lo que a la filosofía iberoamericana respecta (Fornet, Botti, Gómez-Martínez). La sección de Conmemoraciones incluye tres trabajos: M. Anglès presenta la preocupación de Jaime Balmes por España, A. Jiménez el centenario de la publicación de la *Historia crítica de los Sistemas Filosóficos* (1897-98) de Matías Nieto Serrano, y Jorge Ayala la aportación de Santiago Ramón y Cajal al Regeneracionismo científico al cumplirse el centenario de su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, que se convertirá más tarde en su conocida obra *Reglas y consejos sobre Investigación científica. Los tópicos de la voluntad*. Finalmente, en el apartado “Varia” se incluyen aspectos menos conocidos pero relacionados con el 98, como lo relacionado con el proyecto de historia intelectual de España durante la Restauración a través de Miguel Asín Palacios (J. Lomba), Rafael Altamira (T. Rodríguez de Lecea), Gumersindo Laverde (J. L.

Fuertes), Portugal (J. Esteves Pereira). Miguel de Unamuno es estudiado en su relación con el 98 por P. García Castillo, D. Csejtei, E. Rivera de Ventosa y Miguel Pallotini.

Han pasado cuatro años desde aquel Seminario dedicado al 98. Desgraciadamente, algunos ponentes del mismo ya no están entre nosotros. Es el caso de Alain Guy († 1998), del padre Enrique Rivera († 2000) y de Juan de Sahagún Lucas († 2001). A ellos hay que añadir el profesor Nicolás Martín Sosa († 2001), que participó en Seminarios anteriores y fue admirador de los mismos.

Los estudiosos del pensamiento hispánico nos congratulamos de poder contar con un nuevo volumen correspondiente a las Actas del XI Seminario, porque son una referencia obligada en estos temas. Sin la constancia y el amor a lo que se lleva entre manos, no hubiera sido posible llevar adelante durante 25 años este arduo trabajo. El actual coordinador de los Seminarios, Roberto Albares, lo mismo que su antecesor, Antonio Heredia, merecen todos los agradecimientos. El lector interesado en estas Actas tenga en cuenta que son la primera parte de un ciclo de tres Seminarios (1998, 2000 y 2002). Los organizadores tuvieron el acierto de evitar que este Seminario se convirtiera en un acto más de los muchos que se iban a celebrar en ese año. Para ello idearon la celebración de un ciclo de tres Seminarios al objeto de investigar, discutir y revisar críticamente lo que se ha dicho que fue el 98 (1998), lo que en el 98 hizo crisis (2000), y lo que del 98 surgió y llega hasta nosotros (2002). Porque si bien es cierto que en el 98 acaba un mundo bajo el peso de la crisis, no es menos cierto que en ese mismo momento comienza otro para la filosofía hispánica bajo el amparo de la esperanza.

Jorge M. Ayala

JIMENEZ MORENO, Luis: *Nietzsche: Antropología y Nihilismo*. Colección Letras humanas. Editorial politécnica de Valencia, 2001. 396 pp.

El centenario de la muerte de Nietzsche ha motivado publicaciones de diversa índole sobre su figura y su influjo en el pensamiento y en la historia de nuestro último siglo. Tremendo interrogante planteado al hombre europeo, caracterizado por la herencia de la antigüedad y de dos mil años de cristianismo, Nietzsche representa la "sospecha" de que el hombre europeo ha recorrido un camino equivocado; por lo que le es necesario dar marcha atrás, renunciando a todo lo que hasta ahora se había considerado verdadero, bueno y santo. Bajo este aspecto, Nietzsche personaliza la crítica más demoledora y condenatoria a la filosofía, a la ciencia, a la moral y a la religión. Presenta, sí, una voluntad de futuro, un ideal, un programa. Pero no cree en el "progreso". Con lo que

termina siendo un mensajero del nihilismo europeo: un fenómeno preocupante, cuya necesidad de superación parece cada vez más urgente.

Tal es el contexto o, si se prefiere, el marco en el que se encuadra el presente valioso estudio de Jiménez Moreno, quien agudamente ha visto que en Nietzsche hay, sin duda, mucho más de lo que nos ha solido mostrar ese diletantismo que se apoderó de su figura y de su obra a finales del siglo XIX y principios del XX. En efecto, el presente estudio contribuye a una cierta sistematización del asistemático pensamiento nietzscheano, que la exaltación de su figura literaria y artística, así como de su apasionado, encendido y desbordante estilo literario, había dejado en la sombra., El filósofo Nietzsche, oculto y disimulado por el crítico de la cultura, por el augur misterioso, por el profeta grandilocuente, va a revelarse en estas páginas en sus temas fundamentales y sus esenciales interpretaciones. Basta recorrer, capítulo tras capítulo, su temario para percatarse de ello.

De Nietzsche se ha dicho, con acierto, que fundó la “filosofía de la vida”, cargada de preocupación histórica y ética. En efecto, lo más importante de la filosofía nietzscheana es su idea de la vida y su conciencia de que existen valores específicamente vitales. El valor máximo es la misma vida, que culmina en “la voluntad de poder”. Tal es el núcleo del primer capítulo de este libro, bajo el título “Vitalismo antropológico axiológico”, al que seguirá un segundo capítulo con la respuesta a “La pregunta por el hombre”, en su camino hacia el “superhombre”, sin entrar de momento en el concepto o conceptos más significativos que, en el pensamiento antropológico-axiológico nietzscheano, implica su “superhombre”, tema que abordará nuestro autor, como síntesis final, en un último capítulo.

“La voluntad de poder” –tema del tercer capítulo– vendrá, precisamente, a ser la preparación de una consumación intelectual, más que práctica, de la esencia última de la filosofía nietzscheana. En efecto, el hombre nuevo o transformado es el hombre “creador”: ese es el hombre auténtico y esencial. Creador no es aquí el hombre del trabajo, sino el hombre que dicta valores, que posee una voluntad de poder, que se marca una meta, que se aventura a trazar un nuevo proyecto. Lo cual le llevará a una nueva idea de la moral: la moral de los señores, frente a la moral de los esclavos.

Y así es cómo el hombre “creador” se convierte en mirada que penetra en la esencia del ser terreno, liberado de todas las ideas transmundanas o metafísicas. Es el tema del capítulo cuarto bajo el título “Fieles al sentido de la tierra”. La tierra, demasiado desfigurada, según Nietzsche, por las erróneas interpretaciones idealistas, aparece aquí gracias, únicamente, a la transformación acaecida en el hombre por su “voluntad de poder” como conocimiento de la “muerte de Dios”. El verdadero mundo

no está, pues, más allá del tiempo y del espacio. En el viaje existencial hacia el “superhombre”, el espíritu y la libertad se reintegran a la tierra, se reconocen como parte de ella, como idénticos con ella. Y, dentro de este contexto antropológico, se analiza en un quinto capítulo la significación de “La pareja humana”, dado que, además de las relaciones cósmicas que determinan originariamente al hombre, como sentido de la tierra, se da también un ámbito biológico que lo determina como “especie”: concepto filosófico-antropológico que comprende a todos los individuos participantes de una misma esencia, pero que, más allá de lo individualizado, aspiran a alcanzar el ser que dicha totalidad pueda tener en cuanto universal.

Conocida es la interpretación de largo alcance que Nietzsche da de Grecia. Partiendo de la distinción entre lo apolíneo, como símbolo de la serenidad, de la claridad, de la medida, y lo dionisiaco, como símbolo de lo impulsivo, lo desbordante, la afirmación de la vida, la orgía como culminación de ese afán de vivir, a pesar de todos los dolores, en lugar de la schopenhauriana negación de la voluntad de vivir, Nietzsche pone esa voluntad en el centro de su pensamiento. Es el tema que, bajo el título “Prometeo y Edipo: dimensiones antropológicas”, se aborda en el capítulo sexto.

Máxima expresión del hombre como “creador de valores”, la voluntad de poder está postulando el análisis de la “Axiología antropológica creativa”, según reza el título del capítulo séptimo, que se completará con el subsiguiente análisis de las “Valoraciones morales” en el capítulo octavo. La vida fuerte, sana, impulsiva, con voluntad de dominio: eso es, para Nietzsche, lo único bueno; lo débil, enfermizo o fracasado es malo.

Como ya queda insinuado, en el modo de ser “creador” ve Nietzsche los rasgos de la vida en cuanto tal. Pero el “creador” es el hombre “terreno” liberado de toda idea metafísica. La “tierra” y el hombre “terreno” aparecen gracias, únicamente, a la transformación acaecida en el hombre por su “voluntad de poder” como conocimiento de la “muerte de Dios”: tema ampliamente elaborado en el capítulo nono, con la problemática de tipo religioso a que aquí se daría lugar y que se aborda dentro de este mismo capítulo. Hoy sabemos ya que, con la “muerte de Dios”, no se han abierto sino vías a la muerte del hombre, que la modernidad ha constatado y a la que se ha llegado por caminos distintos pero siempre en referencia a Nietzsche. “De la muerte de Dios a la muerte del hombre” es, pues, el tema del capítulo décimo.

Y consecuencia tras consecuencia: el “Dios ha muerto” vendrá a encontrar su expresión más significativa en el nihilismo, que Nietzsche identifica con la pérdida de vigencia de los valores tradicionales, como elementos de la cultura europea, vanos y sin efectividad en materia fi-

losófica, moral y religiosa. Pero el interrogante de Zaratustra, tras el “Dios ha muerto”: “¿No vamos errantes como a través de una *nada infinita*”, declara ya el largo alcance de ese nihilismo como falta de toda referencia y de todo sentido. El tema es objeto de fino análisis en el capítulo undécimo.

En un capítulo duodécimo, como continuación y complemento del quinto, se analizan los aspectos sociales de la filosofía de Nietzsche, explicitando los componentes de la sociedad, en cuanto al proyecto vital propio del individuo y los elementos proyectivos de su vinculación e interdependencia en cuanto seres sociales, y destacando la configuración de una sociedad europea tal y como la soñara Nietzsche.

Se cierra el libro de Jiménez Moreno con el capítulo décimo-tercero titulado “Hacia el superhombre”, cuya imagen han venido bocetando los capítulos anteriores, pero que se expone aquí como tema específico, destacando sus más explícitos y más significativos aspectos en el pensamiento filosófico-antropológico nietzscheano.

Como puede ver el lector, es ésta que presentamos una excelente y bien organizada exposición sistemática sobre la filosofía antropológica de Nietzsche, en la que su autor se revela como un especialista en el tema. Seguros estamos de que él será el primero en lamentar la errata con que, en la portada misma del libro, aparece el nombre de Nietzsche (Nietzche). Y de que también él será el primero en lamentar el subrayado lineal –por innecesario e, incluso, por inestético– que llevan siempre en el texto las expresiones en cursiva.

M. Díez Presa

RODRÍGUEZ DUPLÁ, Leonardo: *Ética*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001. 289 pp.

Llevaba yo unos dos años esperando la aparición de este manual de ética filosófica. Al recibirlo hace un par de meses aquí en San Petersburgo y tras leerlo, primero de un tirón, después más reposadamente, debo confesar que la espera ha merecido la pena.

Leonardo Rodríguez Duplá ha vertido en estas páginas un gran caudal de reflexión filosófica guardando el difícil equilibrio entre la exposición sistemática que exige un manual y el compromiso de no exponer sólo, sino también tomar postura de manera argumentativa. El resultado es un gran libro en el que resaltan la fuerza de los argumentos, la capacidad analítica y, además, la claridad expositiva (esa rara cortesía del filósofo de que hablara Ortega) y una nada frecuente maestría en el manejo de la lengua, en la que no falta el gracejo del lenguaje cotidiano. Así que las dificultades intrínsecas a la redacción de un manual de una

disciplina filosófica, por definición una “ciencia buscada”, y a las que alude el Autor al principio del libro, han sido superadas con éxito.

Rodríguez Duplá dibuja un amplio mapa de la ética: no sólo el estrecho orbe del deber, como es costumbre en nuestros días, sino del conjunto de la vida buena, que incluye el anhelo de felicidad. No obstante, reconoce la prioridad del problema de la obligación moral, que presenta a partir del concepto de necesidad práctica y de corrección moral (Capítulo 2). Puesto que lo que debemos es siempre hacer algo, es preciso analizar la acción moral (Cap. 3) y la libertad que necesariamente se le supone (Cap. 4). Después es preciso señalar con qué método abordar el estudio de los objetos específicamente morales (Caps. 5 y 6). Descalificados los “naturalistas”, basados en el empirismo, y que tratan de reducir lo moral a otros ámbitos de realidad, el Autor combina el análisis semántico de los términos éticos, el método fenomenológico que describe las vivencias morales, y el intuicionismo que nos permite el acceso directo y autónomo a las fuentes del valor y la obligación.

La segunda parte del libro (Caps. 7-14) expone y discute las principales teorías de la obligación moral: el subjetivismo y relativismo, el utilitarismo y el deontologismo, la ética de los valores, el formalismo kantiano y sus epígonos discursivos contemporáneos, la teoría de la justicia de Rawls y la polémica entre el liberalismo y el comunitarismo.

En la tercera parte (Caps. 15-20), por fin, se retoma con decisión el tema de la felicidad como central para la ética. Tras exponer el eudemonismo clásico y los rasgos formales de la felicidad, discute algunas de sus concepciones clásicas más importantes: el hedonismo, el estoicismo y la vida buena según Aristóteles.

La presentación a vuelo de pluma realizada ya da idea de que nos encontramos con excelentes introducciones por su concisión y claridad a las principales posiciones éticas de la historia del pensamiento ético. Pero esto no debe hacer pensar que el texto es un simple prontuario de posturas inconexas entre sí. La presentación de las mismas obedece a una fuerte unidad sistemática en el fondo y en la forma.

En el fondo, porque el libro responde a una clara postura ética, fundada en sólidas razones que se desgranán en el texto, sea en forma de crítica a las posturas expuestas, sea de manera directa. En efecto, descubrimos que el Autor defiende la moral del sentido común como punto de partida de su reflexión, moral que, si bien debe ser purgada críticamente por la reflexión, no puede ser abiertamente contradicha por la elaboración teórica en sus convicciones más básicas: la filosofía moral no inventa o construye la ética, sino que reflexiona sobre lo previamente dado. Si hay filosofía moral es porque hay vida moral. En el campo de la ética no hay novatos absolutos. Por eso, toda la exposición está muy pegada a la experiencia cotidiana, con continuos ejemplos que po-

nen ante nuestra mirada la esencia de numerosos fenómenos morales y que reflejan situaciones (cotidianas y más extraordinarias) pero en las que todos podemos encontrarnos en cualquier momento. Sobre la base de esa moral del sentido común, Rodríguez Duplá defiende el cognitivismo ético, la objetividad de normas y valores, el intuicionismo como forma primigenia de conocimiento moral.

Y en la forma, porque el libro responde a una estructura sistemática precisa: se reconoce el núcleo central de la experiencia moral en el fenómeno de la obligación moral y, desde ese centro, se amplía la perspectiva hasta el tratamiento ético de la vida buena.

Así pues, las posiciones históricas se recogen por haber apalabrado de manera decisiva cuestiones centrales de la vida moral. Es, sobre todo, en la discusión de las mismas donde cabe encontrar las tomas de posición del Autor.

La claridad de la exposición, la finura de los análisis y la coherencia de los argumentos pueden suscitar en alguno, aficionado a las nebulosas contemporáneas, la impresión de estar ante uno "que lo tiene demasiado claro". Desde luego, hacer luz sobre problemas decisivos de nuestra vida (y nada nos toca tan decisivamente como la ética) es siempre de agradecer. Eso es precisamente lo que debe intentar el filósofo que no sea un mero retórico o un mago de las palabras. Pero si con ello se pretende tratar a nuestro Autor de dogmático que "lo tiene claro" de antemano, hay que decir que la lectura atenta del libro desmiente la mayor. El texto, como decimos, muy pegado a los problemas reales de la moralidad, nos hace caer también en la cuenta de sus dificultades y aporías, de las cuestiones abiertas y de aquellas que por principio no pueden cerrarse nunca. En realidad, las posiciones sostenidas por Rodríguez Duplá en este libro son, además de una inteligente discusión filosófica sobre la vida moral, una llamada al lector para que la viva él mismo con lucidez y con la característica autonomía propia de una vida consciente. Y en la vida moral no hay mayor lucidez que la del hombre bueno que no se limita a hilar argumentos, sino que sintoniza existencialmente con el mundo de valores y exigencias a las que todos, de manera inexcusable, estamos referidos cada día.

Pueden hacer también torcer el gesto las numerosas referencias a la "moral tradicional" y su validez frente a otras propuestas más recientes, como el consecuencialismo o las éticas del discurso. En realidad las éticas más nuevas tienen fuertes precedentes en la antigüedad. La cuestión aquí no es cronológica. Pero puede fomentar este prejuicio esa forma de expresión. Aquí "moral tradicional" significa simplemente la apelación al sentido común, es decir a las evidencias morales accesibles a todos, lo que no quita la función crítica de la ética filosófica y la acogida

de perspectivas teóricas nuevas que han enriquecido la reflexión en última centuria.

También parecerá intempestiva a más de uno la introducción del tema de la vida buena en un texto de ética de pretensiones sistemáticas, es decir, la recuperación de la tradición clásica y el ensanchamiento del horizonte de la filosofía moral contemporánea, centrada en el solo concepto de deber, y éste aún en su sola dimensión social. ¿No supone esto cerrar los ojos al incuestionable pluralismo de nuestro tiempo y pretender dictar a todos cómo han de vivir, es decir, a qué “proyecto de felicidad” han de adherirse?

En mi opinión, este juicio, a fuer de precipitado, es injusto. Ni el Autor (ni, por cierto, quien suscribe estas líneas) rechaza el hecho del pluralismo (*contra factum non est argumentum*), ni pretende imponer nada a nadie. En realidad lo que hace es rebelarse contra una imposición no por implícita menos clamorosa: la que pretende cortar las alas a la reflexión filosófica, restringiendo el campo de sus intereses legítimos. Sin cuestionar la centralidad del concepto de obligación en la vida y la reflexión moral, simplemente quiere ir más allá en su indagación y hacerse cuestión del problema moral *entero*, sin prejuzgar por ello sus resultados. No es, pues, dogmatismo lo que guía la inquisición de la vida buena, sino impugnación del escepticismo larvado en las éticas de mínimos. Responde también a una verdad subrayada por la ética griega clásica y olvidada por el moderno subjetivismo: la solidaridad de todos los aspectos de la vida moral, de modo que la ausencia o desatención de algunos de ellos (digamos, por ejemplo, las virtudes mal llamadas “privadas”) debilita a las que gozan de nuestras preferencias teóricas por su mayor proyección social, como el fenómeno del deber hacia los demás. Mal podrá cumplir sus deberes mínimos y públicos quien en el ámbito privado cultiva la indolencia o embrutece su sensibilidad en nombre de su particular “proyecto de felicidad”, ese en el que, según algunos, todo está permitido.

En este punto cabe apelar a nuestra experiencia cotidiana: al margen del proyecto de felicidad que profese alguien, por ejemplo, su credo religioso, sus convicciones políticas, sus particulares aficiones y gustos, a todos nos parece que ciertas cualidades de su carácter que sobrepasan los mínimos éticos de los sistemas al uso, como la generosidad, la constancia, la capacidad de perdón o la amabilidad hacen de él *mejor persona* que quien se caracteriza por su cicatería, pereza, rencor y antipatía. El primero nos parecerá una buena persona aunque profese otro credo que el nuestro, milite en otro partido y tenga opiniones estéticas diferentes de las nuestras. En cuanto al segundo, si coincide con nosotros en alguno de esos ámbitos definidores del “proyecto de felicidad”, ...nos podemos ir preparando.

En realidad, nuestro Autor, al reivindicar la reflexión sobre la vida buena del hombre dentro de la filosofía moral está contribuyendo a deshacer un grave equívoco semántico que a fuerza de ser repetido a venido a convertirse en un dogma oficial, eso sí, continuamente desmentido por nuestra experiencia moral cotidiana. Es el dogma que identifica sin prueba las exigencias mínimas propias de la obligación con la objetividad moral, mientras declara todo el horizonte del bien supererogatorio cuestión subjetiva, de mera elección personal, decidible por cada uno. Pero, en realidad, esto no es así. La filosofía moral clásica y la experiencia cotidiana han sabido siempre que los preceptos morales negativos (las prohibiciones) son más urgentes, más imperativos que los mandatos positivos: *primum non laedere!* Por su parte, los deberes positivos hacia los demás requieren de principios intermedios (dictados por las circunstancias) para devenir obligaciones concretas. En segundo lugar, existen deberes morales (¡no jurídicos!) para con uno mismo que no son en modo alguno subjetivos o privados y sin los cuales difícilmente un hombre podrá ser considerado bueno, por más que nadie pueda imponérselos desde fuera (el verdadero deber moral no dice “tú debes”, sino que el propio sujeto se dice a sí mismo “yo debo”) y menos aún castigarle por no cumplirlos. Por fin, el llamado bien supererogatorio, que no es objeto de deber estricto, también está lejos de ser subjetivo y menos aún privado por más que no pueda ni deba imponerse a nadie. Como ya se ha dicho, a todos (o casi) nos parece mejor el generoso que el avaro.

Todo esto nos lleva a una conclusión sobre el concepto de “proyecto de felicidad”. Éste no debe entenderse como el conjunto de valores y virtudes que, por no ser estrictamente exigibles socialmente, han de ser fruto de elección arbitraria. Significa simplemente que, salvado el orbe del deber y reconocido el del bien supererogatorio, es decir, todo aquello que hace a un ser humano bueno y más plenamente persona, cada cual puede construir su vida como mejor le parezca y convenga: dedicarse al trabajo intelectual o manual, practicar el deporte o dedicarse al arte, a la economía o a la astronomía, casarse con quien quiera o no casarse... En efecto, se puede legítimamente elegir estado, profesión, aficiones, dónde vivir, y así un largo etcétera. Pero nadie puede hacer por su soberana voluntad que un vicio (privado o público) sea virtuoso. Y si alguien elige comportamientos innobles que no interfieren sus obligaciones, ahora sí, jurídicas (por más que esto sea difícil de imaginar) posiblemente nadie podrá imponerle nada, pero desde luego su vida y su modelo de felicidad no serán ejemplares. En cambio, salvado el ámbito del deber y reconocido el valor, “ama y haz lo que quieras” (San Agustín).

Al recuperar la ética clásica que arranca de Grecia y se enriquece con el cristianismo, no se nos impone proyecto alguno de felicidad ni se nos invita a volver atrás. Simplemente, se ensancha nuestra mirada y se rescata del ostracismo una reflexión ética secular en la que encontramos un riquísimo y profundo material que es también parte de nuestra identidad cultural y que puede ayudarnos a resolver algunas de las aporías morales en las que andamos enfrascados hace ya demasiado tiempo. Puede además ahorrarnos inventar la pólvora y descubrir el mediterráneo. En definitiva, Rodríguez Duplá viene a recordarnos que, por decirlo con Zubiri, “nosotros somos los griegos”, aunque no sólo los griegos.

Siguiendo con el tema de la felicidad contenido en la tercera parte del libro, quisiera subrayar que aquí he encontrado su parte más original y brillante. Aquí se ve hasta qué punto rescatar la filosofía moral clásica ilumina y enriquece la reflexión hodierna. Así, partiendo de una descripción de lo que llama el querer fundamental, que subyace y guía las voliciones empíricas del hombre, y apoyado en hechos tan concretos como significativos (los deseos, el tomarse interés en algo, la desilusión y la dicha), el Autor argumenta a favor de constantes antropológicas que permiten identificar al hombre como tal hombre, es decir, descubrir una verdadera naturaleza humana. Desde ella es posible articular un discurso que permita descubrir si la vida de un hombre es una vida lograda o si se ha malogrado. Miradas así las cosas, la idea de felicidad es solidaria con los valores objetivos a los que el hombre se halla prácticamente referido. Pero como la naturaleza humana es por definición abierta por ser personal, en el seno de esa idea de felicidad marcada por el querer fundamental caben múltiples proyectos concretos de felicidad y es, por tanto, compatible con el pluralismo de las formas de vida y las opciones legítimas.

La referencia a los valores no es ociosa. La felicidad humana tiene un aspecto subjetivo (el propio contento), pero también uno objetivo: el porqué de ese estado subjetivo. Por ello, el satisfacer nuestros deseos empíricos puede no llevarnos a la felicidad, querida por nuestro querer fundamental. Y es que la felicidad humana, más que un objetivo final, indiferente a los medios para conseguirlo, es un modo de vida que requiere entregarse a ciertos bienes en un cierto olvido de sí: sólo así se hace el hombre bueno y feliz y su vida se llena de sentido. Como se ve, el deseo de felicidad que anida en todo hombre no es cuestión puramente arbitraria. En realidad, esto de la felicidad es demasiado serio para que pueda ser sólo cuestión de gustos. Una vez más, no se trata de imponer nada a nadie, sino de descubrir con la razón el meollo de la condición humana. A quien decida poner su felicidad en la heroína, tal vez haya que permitirselo, pero nadie en sus cabales deseará tal cosa

para sus seres queridos, pues sabemos muy bien que tal persona acabará siendo infeliz, incluso en el improbable caso de que no haga infelices a muchos otros. Por cierto que la pluralista sociedad actual no sólo trata por todos los medios de persuadir del uso de las drogas, sino que persigue con saña a los fumadores. Por algo será.

En fin, para erradicar de una vez la idea de un “imperialismo eudemónico” bastará recordar, como hace Rodríguez Duplá con gran acierto, el carácter esencialmente problemático de toda felicidad humana. El filósofo y la filosofía no han de construir, imponer o dictar, sino mirar y tomar nota, desvelar las estructuras esenciales de la realidad y, hasta donde sea posible, explicar y dar cuenta. Si la vida moral, deber y virtud, manifiestan seguridades y aporías, el filósofo deberá ante todo hacerse cargo de ello.

Leonardo Rodríguez Duplá ha mirado bien, ha visto mucho y nos lo ha sabido comunicar de manera ejemplar.

José M. Vegas
San Petersburgo

ZUBIRI, Xavier: *Sobre la realidad*. Alianza Editorial / Fundación X. Zubiri, Madrid, 2001. 286 pp.

Esta vez de la mano de José A. Martínez, la Fundación Xavier Zubiri ha presentado un nuevo póstumo del filósofo vasco. En muchos casos, la publicación de póstumos tiene por objetivo poner a disposición del lector interesado la totalidad de la producción del autor en cuestión, aunque muchas veces no se aporten elementos fundamentales con tales publicaciones respecto de su obra publicada en vida. No es éste el caso del curso impartido por Zubiri en 1966 *Sobre la realidad*. En una lectura detenida, el lector relacionado con la filosofía de Zubiri puede descubrir elementos de sumo interés para entender cómo se produjo su maduración filosófica.

El texto publicado en 1962, *Sobre la esencia*, en el que Zubiri quería dar a conocer sus novedosas consideraciones metafísicas, no iba para muchos más allá de ser un formidable texto de neoescolasticismo. Por supuesto, esta recepción estaba en las antípodas de la reflexión zubiriana. Por ello durante los siguientes años desarrolló aquellos elementos de su metafísica que mostraban lo distante que su planteamiento estaba de tal consideración. Por un lado, el curso de 1968 *Estructura dinámica de la realidad* –publicado por Alianza en 1989– supuso un rechazo de la interpretación estática de su metafísica. Pero más importante era mostrar el distanciamiento metodológico respecto de la filosofía neoescolástica. A esto precisamente respondió el curso *Sobre la realidad*.

Desde el capítulo primero «El enfoque del problema de la realidad», Zubiri expone las diferencias básicas respecto a la metafísica tradicional al asentar sus desarrollos sobre la noción de «inteligencia sentiente». El problema fundamental de la metafísica estriba «no tanto en el conocimiento que el hombre pueda adquirir de ese objeto, cuanto en el modo primero y primario en que ese objeto se presenta a la mente del hombre». Pero resulta que las reflexiones sobre este punto llevaron a Zubiri a modificar su propia perspectiva. Ciertamente, la exigencia de *Sobre la esencia* de construir una metafísica intramundana, distanciaba a Zubiri suficientemente de la perspectiva escolástica, pero es que en *Sobre la realidad* Zubiri da un paso importante hacia su última filosofía: pasa de lo que podríamos llamar una metafísica intramundana racional, de carácter explicativo, a una metafísica de la *actualidad* noológica, de carácter descriptivo. Si el estudio metafísico en perspectiva intramundana permitía recoger muchos de los avances de la ciencia —en cuanto saber intramundano—, en *Sobre la realidad* Zubiri se interroga por el modo primario en que el objeto metafísico se presenta a la mente humana. Es decir, en este escrito no pretende proponer una *teoría* sobre el objeto de la metafísica, sino *describir* cómo se presenta primariamente a la inteligencia sentiente. En *Inteligencia sentiente* Zubiri mantiene que la filosofía descriptiva puede recaer sobre el acto de intelección —como de hecho ocurre allí— o sobre la realidad actualizada en tal acto. Pues bien, podemos considerar que la manera más exhaustiva en que Zubiri se propuso el segundo objetivo fue en *Sobre la realidad*. El tratamiento del objeto metafísico pretende en este caso descubrir sólo qué elementos de la realidad en cuanto tal, en sentido transcendental, están dados en impresión de realidad, y cuáles son sus conexiones campales. El objetivo es sólo «una inspección inmediata de la realidad», ya que de todo lo demás sobre lo que se cuestiona la metafísica «se necesita prueba». En *Inteligencia sentiente* Zubiri había ampliado las posibilidades de la fenomenología —en su caso *noología*— al mostrar que ésta no caía sólo sobre el acto intelectual, sino que también podía tener como objeto la actualidad de lo inteligido en tal acto. Ningún momento tiene prioridad sobre el otro, porque lo primero es la actualidad que hace del saber y de la realidad congéneres.

El texto también resultará de interés para todos aquellos que quieran introducirse en la filosofía de Zubiri. En el primer capítulo Zubiri presenta resumidamente, pero de una manera bastante coherente con lo que será su última elaboración, su teoría de la «inteligencia sentiente». Los capítulos centrales —el segundo y el tercero— abordan los conceptos más importantes de *Sobre la esencia* implantados ahora en la inteligencia sentiente y liberando el discurso de muchos de los elementos que hacían de *Sobre la esencia* un texto pesado y difícil de leer. Por último,

el capítulo cuarto muestra la continuidad del planteamiento metafísico y el antropológico en la filosofía de Zubiri; llega al descubrimiento de dos modos transcendentales de la realidad: el de las esencias cerradas y el de las abiertas. Ser persona es, precisamente, ser una esencia abierta. Con ello Zubiri ha recuperado el sentido metafísico de la dignidad del ser humano: «el bien mayor que Dios ha creado en el mundo es el de una esencia que define su realidad respecto de sí misma; si se quiere, que es libre».

Otro elemento importante desde el punto de vista didáctico es la gran cantidad de referencias a otras filosofías en el texto. Desde las primeras páginas Zubiri entra en diálogo con los referentes fundamentales de la metafísica mostrando clara y concisamente dónde se encuentran las diferencias fundamentales entre su perspectiva y cada uno de estos planteamientos.

Óscar Barroso Fernández